7 MANZANAS POR NAVIDAD

En un país muy lejano existió una villa en el fondo de un valle bordeado de cerros, lleno hasta las colinas de brumas, humedad y sol. Olvidada del mundo, la villa comenzó a padecer. Se empobreció tanto que sus habitantes se sintieron desdichados y quisieron morir. Olvidaron entonces los anhelos, los colores y el sueño. Así, cuando las noches eran claras, ni siquiera se detenían a observar las estrellas del firmamento..., y cuando eran brumosas las noches, se extraviaban por las calles y olvidaban el camino de regreso a casa.

Ese año fue particularmente agorero. Las pocas siembras que los mas decididos habían hecho se consumieron, convirtiéndose en raíces perdidas y frutillas vanas. La humedad y las lluvias de diciembre pudrieron los jardines y apenas si sobrevivieron unos árboles torcidos y raquíticos al fondo del valle.

Allí vivía un viejo cafetalero, cuyas cosechas supieron del esplendor de otros tiempos y le permitieron alimentar y hacer crecer a sus siete hijos. Cuando el anciano vio morir al último cafeto, reunió a sus muchachos y les dijo:

Hijos míos, debo contarles un secreto que la gente del pueblo prefiere callar. Hace algunos años llegó un forastero vestido de negro, con la capa envuelta al viento y el rostro embozado.
Los que le recuerdan, evocan temblorosos el relampaguear malintencionado de sus ojos amarillos. Pidió posada en cada casa y muchos de nuestros parientes, horrorizados por algo tenebroso que había en sus maneras, así como un penetrante olor a precipicios, fuego y herrumbre que salía de sus ropas, dieron un portazo en sus mismas narices.

El viejo siguió contando la historia con susurros apenas perceptibles y sus hijos tuvieron que acercar el oído al camastro de madera para poder escuchar más.

Como fui educado por mis padres en las reglas de amor al prójimo, devoción y caridad que conocen y que he intentado transmitirles, di posada a aquel infeliz. ¡Jamás lo hubiera hecho! Tan sólo una noche pernoctó en esta casa y fue suficiente para que desde el alba comenzara a enseñorearse una oscura maldición sobre la villa. Trece niños murieron con la luna llena. Se desbordó el río cercano, bañando las cañadas y arrancando de cuajo los cafetos. Se ahogaron las reses y los carneros. Gatos y perros domésticos huyeron para nunca más volver. Riñas, enfermedades y divorcios, plagas y crueldades cundieron hogares, callejas y parentelas... Aquel extraño fue portador del mal, la fuerza oscura. Por eso ya no hay perdón.

El viejo tuvo que callar. Los sollozos le sacudían el pecho y sus siete hijos, con los pantalones y camisas raídas, miserables en plena juventud ansiosa, acariciaron su frente. Más calmado, concluyó:

Hijos míos, estoy vencido y voy a morir. Largos y penosos han sido los días que siguieron a mi culpa. Por el menester del bien recibí a cambio una maldición para mi pueblo y no tengo paz. Por eso es mi voluntad el morir solo, para purgar con mi propio abandono las consecuencias de mi acto..., y les ruego que esta misma madrugada partan juntos hacia su destino. Ya no hay nada que hacer, no hay furia ni perdón, ni retroceso ni calma; tan solo esta niebla sombría que va empolvando mi corazón.
Cenaron juntos por última vez. Pobres mendrugos sin sabor y una escudilla de frijoles que repartieron como en un ritual. Luego, el padre pidió al menor que desenterrase una botella del rincón. Contenía un translúcido vino del color de la sangre que cada quien bebió para olvidar.

II

Antes del amanecer dieron besos en la frente del padre y caminaron a través de un sendero de piedras blancas. La luna hacia brillar ojos y piedras. Todo era árido y frío.
Al subir la colina miraron, por última vez quizá, la cabaña paterna. Relumbraba entre la neblina de plata. Al dar la vuelta para continuar, se sorprendieron. No cabían en si de asombro. Ahí, justo donde antes estaba el campo yermo, había un manzano. Era hermoso y fresco cómo un monumento al espíritu de la tierra; estaba florecido y a la vez tenía siete frutos. El hermano pequeño señaló a la copa del Arbol: entonces vieron el lucero. ¡Una estrella coronaba desde el cielo al manzano! Era una fruta que se sostenía en la inmensidad.

III

Ahí mismo apareció una pastora de trenzas blancas que correteaba tras un rebaño fantasmal. Los siete hermanos creyeron que soñaban y que en el sueño todo adquiría magia y belleza. Ella los miró a través de las hojas tiernas y sonrió. Luego, con un gesto delicadísimo, tomó entre sus brazos a una ovejita blanquinegra que se aquietó con un murmullo y baló como un recién-nacido. La pastora les habló:

Han sido elegidos por la Noche Divina para cumplir el mandato de la Natividad. No puedo equivocarme, porque siete habrán de ser los salvadores y siete su suerte y siete su milagro carnal, porque ha sido escrito que sólo la ofrenda del alma puede redimirnos.

El hermano mayor se acercó y le dijo:

¿Quién eres, muchacha?

Soy -respondió sonriente- *quien viaja de tus pupilas al cielo y del lucero a la vida y de la vida al Niño-Dios, que ha nacido y ya ordena, desde un humilde pesebre en Nazaret, la felicidad del sufriente, la cura del pesaroso, la conversión del mal en bondad y -ofrenda, en ala blanca.*

IV

Los hermanos se miraron entre sí; entonces el del medio, adelantándose y entre protestes y refunfuños, carraspeó:

¡Fuera de aquí, pastora! Ninguna muchacha decente andaría a estas horas fuera de su casa.
Vengo a cumplir -continuó ella- *la Santa Proclama.*
¿Qué ocupación es ésa? -protestó el mediano.

Yo he visitado las chozas de muchos pastores, carpinteros, cafetaleros, leñadores, albañiles, estudiantes, artistas y soldados. A todos llevé el mensaje del Niño-Dios y ninguno ha desconfiado, en verdad, de mí.

¡Hermanos! -gritó el joven-, *¡dejen que esta serpiente siga arrastrándose por los campos! Nuestro padre ya debe estar muerto. Regresemos a casa y comencemos una nueva vida. Si nos tocó la mala suerte hay que resignarse. Hay que vender la tierra, vender la casa y los pocos muebles, partir a otro país y aprovechar nuestras fuerzas para abrir negocios en tierra próspera.*

La pastora depositó a la oveja blanquinegra sobre la hierba seca y, sin inmutarse, fue hasta el manzano. Con facilidad arrancó cada fruto y los entregó uno por uno. Cada joven hermano, deslumbrado por la belleza de la muchacha, tomó la manzana que le ofrecían. Bajaron la cabeza en señal de gracias.

El mediano, con chispas de codicia en sus ojos, agarró la última y le dio la espalda. La pastora entonces tomo su cayado y antes de partir, sentenció:

El Niño Divino me ha encomendado en gracia y caridad que con esa ofrenda renazca la tierra hollada por el demonio del Mal, por el ángel caído. Retornen a su casa, no abandonen el amor paterno ni la resurrección de la villa... Lleven estas siete manzanas, que vienen de Él y de Sus Manos conteniendo un tesoro.

V

Los siete hermanos, como obedeciendo una voluntad que permanecía más allá de su entendimiento, se arrodillaron y comenzaron a cantar una tonada con la que su padre los dormía cuando eran pequeños, poco después de la muerte de su madre, al nacer el último hijo, el menor. Este mismo se levantó y fue hasta la pastora, tocó su hombro y venciendo la timidez, le dijo:

Yo te regalo mi manzana, que a la vez regalarás a ese Niño Divino que dices... Dile que las gracias son demasiado débiles para compadecer al mundo y obedecer al Amor, pero que en este fruto va el agradecimiento de la sangre hermana, de la devoción paterna, la unión filial y el principio de le palabra que nos acerca.

El hermano medio, como mordido por una víbora, saltó a su lado y lanzando una carcajada estentórea, aulló:

¡Hermanito, eres sin dudas el más tonto! ¿Acaso no escuchaste que aquí hay un tesoro? Eso nos permitirá salir de esta endiablada miseria que nos atormenta y que ha matado a nuestro padre. ¡Claro, has heredado la idiotez del viejo! ¡Primero el infeliz perdió a nuestra madre, después perdió las cosechas y ahora perdió la esperanza y la fuerza, perdió la vida! ¿Quieres acaso seguir su camino, ser como él?

Ten fe - musitó la pastora.

¿Fe? ¿Fe? ¿Qué es la fe? -protesta el mediano-. ¿No es aquélla que nos repetía nuestro padre? ¿Y dónde quedó toda esa fe? ¡allá, sobre una cama húmeda, destrozada por la realidad! ¿dónde quedó la fe? ¡Aquí, en mi estómago hambriento! ¿Y sabes qué voy a hacer con este manzana? ¡Mira, me la trago! -y dio una enorme mordida a la fruta olorosa, desprendiéndole un trozo que atrapó con los dientes, mientras enjugaba con el codo toda la frescura que salió del corazón de la manzana.

VI

De pronto, ante la mirada azorada de los hermanos, de lo hondo de la fruta mordida salió un rayito de luz, una luminiscencia que, al mover la mano, barría los contornos. Y allí y allá, donde la luz tocó el suelo, surgieron uno, dos, tres, cuatro, diez, doce arbustos florecidos. Y allá un rosal silvestre y ahí un sicomoro. Más allá una ceiba olorosa, un helecho arborescente, tres cipreses y siete pasos más allá un estallido de alcatraces blancos...
Todos se levantaron y corrieron entre las plantas, llenándose con una fragancia y un frescor que creían olvidados para siempre. La luz del sol fue como una flor más en lontananza, abierta y prometedora como una declaración de respeto y porvenir.

Cada uno de los cinco hermanos restantes mordió su fruta.

VII

En la del mayor apareció un diamante con cuyo valor reconstruirían la villa entera, casa por casa.

En la del siguiente surgió el anillo perdido por su madre en una salida el bosque, hacía tantos años. Y allí mismo besó el anillo y otra estrella apareció en el firmamento.

En la del tercero había una semilla de lirio que, una vez sembrada, perfumaría los campos en mil kilómetros a la redonda y daría a los cafetos el aroma inconfundible de la región.

El mediano continuaba corriendo, como un niño alborozado con un juguete nuevo.

El quinto hermano mordió su manzana y encontró un librito del tamaño del pulgar, con letras perfectamente legibles y que contenía enseñanzas que muchos años después completarían la sabiduría humana y se narrarían de boca en boca por los iniciados en la Verdad.

El sexto partió en dos su fruta y supo al instante que sería médico curandero y sanaría a los dolientes y enfermos terminales, siéndole revelado el conocimiento de su destino, que es algo que pocos humanos saben o pueden determinar con certeza.

El séptimo y menor, que había regalado su manzana al mismo que la envió desde su cuna de amor, encontró en la palma de su mano la pluma blanca de un ala...

VIII

Cuando el misterio es poderoso y encanta al alma, engendrando nuevos rumbos a la confianza del Amor, es imposible dudar. Hay cabida sólo para la fe, que es movida a su vez por la dicha infinita del renacimiento.

Todo cambió en un instante.

Y cuando los hermanos se despidieron de la pastora, que era un ángel enviado por Dios, regresaron al hogar paterno y vieron desde lejos a su padre cortando unos lirios al fondo de la cañada, junto a los cafetos cargados de frutillas maduras.

Al llegar a casa, apenas sin aliento, continuaron los milagros. La sala resplandecía llena de retratos y pinturas que alguna vez permanecieron arrumbados en un rincón. La mesa estaba servida con un desayuno apetitoso. Las camas tendidas con sábanas tibias y unos gatos jugueteaban con las cortinas de seda blanca y azul.

Cuando el padre apareció en el marco de la puerta, oculto detrás de un gran ramo de girasoles y lirios, copas de oro y jazmín-café, pareciera que jamás se habían separado. Sonriente, exclamó:

Pero, ¿cómo? ¿No se han lavado las manos para desayunar? Se miraron y en sus rostros estaba la misma interrogante:

"¿Estamos acaso soñando?" ¡Todo era real! ¡El aroma del café recién-hecho, las flores, el mantel de antaño, las manos callosas del padre, la esperanza de recapacitar y vivir una nueva vida!

Aún tengo un poco de tos -dijo el padre, sentándose-, *pero ya se me quitará con el trabajo que tenemos por delante, ¿no?*

Yo te curaré esa tos, papá -le aseguró el sexto de los hijos.
Y yo les enseñaré a rezar para que nuestra madre descanse en el cielo y, cuando sonría al escucharnos, un gran arcoíris aparezca en el cielo. -dijo el quinto de los muchachos.

Y yo pido perdón, si es que se me puede otorgar, por mi comportamiento mezquino y mi falta de caridad. -Aseveró el mediano.

Tu obra ha sido cumplida y has obtenido el perdón divino y familiar, querido hijo. Y con este abrazo te otorgo paz y te redimo del pecado que salió de tu alma e hirió el oído de tus hermanos y del ángel que me visitó después de estar con ustedes.

Gracias, papá.

Los hijos segundo y tercero entregaron a su padre el anillo y la semilla de lirio para que perfumara su alma y perfumara al mundo que los vio nacer hace tanto tiempo. El padre entonces colocó el anillo precioso en su dedo meñique y suspiró.

El mayor, adelantándose, abrió la palma de su mano y mostró el diamante:

Con esto, padre, reconstruiremos la villa y todos querrán visitar un nuevo reino de Dios en la tierra, homenaje de Amor a la Santa Natividad.
Y el padre, propinándole unas cariñosas palmadas en el hombro, le dijo:

Guárdalo a buen recaudo, hijo mío, porque la tarea que nos aguarda es dura, más grata como una bendición. Y empezaremos por construir un hermoso parque en el centro de la villa..., contrataremos al mejor escultor de la capital y le pediremos que diseñe un Santo Nacimiento con piedras del cerro, para que el parque luzca más y corone la obra en la que todos pondrán sus manos.

Entonces todos miraron al séptimo y menor de los hermanos y entre sonrisas y frases amables, contaron a su padre del gesto que tuvo al enviar al Niño Divino su manzana del valle, pidiéndole entonces, al unísono, que revelare el secreto de aquella pluma que la pastora le dio.
Él, con las pupilas brillantísimas y el bello rubor de su juventud cercana aún a la niñez, dijo:

Gracias a esta pluma, padre ..., gracias a esta pluma, hermanos míos, podremos transmitir a las generaciones futuras el aliento mágico de la Navidad, los árboles se llenarán de luces y color; cada mesa tendrá el manjar de la celebración; los artistas cantarán, danzarán, pintarán nuestros sueños o escribirán nuestros recuerdos; la gente hará las paces con sus enemigos y el Santo Niño renacerá cuando se pierda toda esperanza. Con esta pluma blanca conjuraremos a los extraños que, con raro olor a precipicios, fuego y herrumbre, intenten desatar el Mal... Y con esta pluma no olvidaremos la presencia de los ángeles a nuestro alrededor, ofreciendo seguridad y virtud desde el silencio.
_ Nuestro pequeño ha hablado -subrayo el padre emocionado-, y ahora, todos juntos nuevamente, celebremos en comunión la Santa Navidad.

IX

Cuentan los errantes y los juglares que viajan con los remolinos de la niebla y del viento, que aquella villa conoció la prosperidad y hay calles y escuelas que llevan orgullosas el nombre del padre de los siete jóvenes que una vez emprendieron el rescate de la memoria de su ciudad.
Cuentan también que en el Museo, frente al parque, se conservan los tesoros que el ángel ofreció: allí pueden verse aún el diamante sobre la diadema de una Virgen tallada en piedra del cerro, el anillo de la madre de los muchachos que iniciaron la cruzada de bondad; también, celosamente guardados en un nicho de cristal y oro, hay un manojito de lirios resecos, primeros retoños de aquella semilla santa que se extendió sobre la tierra y perfumó la leche y la savia de sus árboles.
En otra sala, cerca de una ventana por la que día y noche entra una extraña luz, hay una campana de vidrio ambarino con el polvillo de la primera manzana mordida, la misma que provocó un florecimiento de la ilusión y de la fe natural. Más allá, coronado por arcángeles de bronce y delicadamente colocado sobre un atril de plata fina, está el librito de las Santas Palabras y los Salmos, la Historia en parábolas y el consuelo ilimitado.

En la tercera sala del Museo de la villa están los instrumentos precisos del médico curandero, quien tuvo tanto prestigio como discípulos y cuyas enseñanzas se aplican hoy en el mundo.
Y dicen que el menor aún vive y ya es un anciano cargado de paciencia y recuerdos. Lleva él la responsabilidad de narrar esta historia y mostrar en el hueco de sus manos la pluma divina que alguien, alguna vez, trajo desde el Paraíso.

FIN